

EL BARCO



DE VAPOR

Mónica Rodríguez

El círculo de robles



sm

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez

© del texto: Mónica Rodríguez Suárez, 2014
© de la ilustración de cubierta: Ester García, 2014
© Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1 *Froitas*

LLOVÍA, siempre llovía esa fina lluvia que se prendía de las cosas y encendía nieblas en los caminos. Era una lluvia invisible y húmeda que se enmarañaba en las matas y el techado de los bosques.

Antoniña, desde la ventana, veía el inicio de aquel bosque y la lluvia, y todo se hundía en sus ojos negros y soñadores.

Unos ojos llenos de senderos y misterios. Sí, porque los ojos de Antoniña eran así. Baldomero siempre le decía:

–Qué andarás pensando tú por adentro de esos ojos.

Y ella reía y sus párpados se entrecerraban y apenas se veía una rayita de aquellos misterios.

Baldomero y su nieta vivían al inicio del bosque, por la senda que llaman de los Milanos, a unos cientos de metros de la aldea de Froitas. Baldomero había sido guarda de esos montes y ahora, de viejo, se sentaba a la lumbre y tallaba figuritas en las ramas desmochadas, con una pequeña navaja, mientras le narraba cuentos a Antoniña.

A veces hacía una pausa y miraba aquellos tizones negros de su nieta que eran sus ojos y que parecían encenderse con sus palabras.

Solían acurrucarse junto al fuego, después de la cena, mucho después de los paseos por Froitas, con sus calles empedradas y húmedas, sus viejos de boina y bastón, y las mujeres recogidas, mirando entre visillos la caída de esa lluvia casi horizontal que levantaba olores y hacía barro en los caminos. Cuando ya las vacas y los animales yacían en sus cuadras y en los hogares humeaban los fogones, Baldomero y su nieta volvían a la casa por el camino de los Milanos, en silencio, saludando a los pocos aldeanos que se cruzaban, Casiano, por ejemplo, antiguo guarda del bosque con Baldomero, o Marilola, la de los panes, la niña de la tahona, que era algo retrasada y gorda, y que corría bajo la lluvia riendo.

–Mira que es boba la de los panes –decía la nieta.

–No digas eso, Antonia. Que no es boba –le reprendió el abuelo–, que es espíritu libre y eso a lo mejor lo entiendes algún día. Boba es la sopa que nos comemos nosotros. Sopa de pobre.

Y después de la sopa boba, como decía el abuelo, llegaba la hora de los cuentos y se sentaba Baldomero en su silla y pasaba doce veces la hoja de la navaja sobre la piedra de afilar. Tomaba entonces con parsimonia el palito tronchado y se ponía a pelar mientras los ojos de Antonia esperaban impacientes los cuentos. Muy oscuro afuera. Con la lluvia rabiando en los cristales y el crepitar del fuego, naranja y movedizo, en

los ojos de la niña. Todo ahí dentro, en sus ojos, la lluvia y el fuego. Revuelto y confuso, como la verdad y la mentira.

–¿Por qué llueve tanto en Froitas, abuelo?

Baldomero miró de soslayo hacia la ventana. Se oía el ruido del agua y del viento sacudiendo los postigos.

–Para que vivan los bosques y las criaturas que hay en ellos.

El abuelo iba a decir algo más, pero se calló y se oyó a lo lejos, como llamado por las palabras de Baldomero, el aullido largo y quejumbroso de un lobo.

Antoniña sintió un escalofrío.

–Ni miedo. Esa es la Lupa, que bien la conozco –dijo el abuelo–. En este bosque ya no hay lobos, sino es la Lupa, que los aldeanos de Froitas, brutos y supersticiosos, acabaron con ellos hace tiempo. Los mataron a todos.

Y añadió con tristeza:

–Y la Lupa de vieja se morirá cualquier día.

La niña se acercó a la lumbre con los ojos agrandados.

–¿Cómo es eso, abuelo? ¿Qué dices? ¿Y por qué la Lupa vive si es loba, y no la mataron como a los otros lobos?

–Porque la Lupa es solo medio loba y la protege un hada desde que yo era chico.

–Cuéntame, abuelo.

–Fue la novena de las nueve hijas del Tojo. Nació en Viernes Santo y luna llena. Por eso nació loba, que ya todos lo decían.

–Pero eso no puede ser.

El abuelo giró la navaja sobre el palo y sopló para quitar el polvo de madera. Dejó caer los brazos con la figura a medio tallar y miró largamente al fuego, como si en lugar de las llamas estuviese viendo a la Lupa o al Tojo y hubiera vuelto a Froitas medio siglo atrás, cuando en la aldea vivían unas cincuenta personas y él era un crío, más pequeño que su nieta.

–Claro que no puede ser –dijo al fin–, pero los cuentos de la gente se mezclan con la vida. Por eso, Antonia, has de prestar mucha atención a lo que dicen.

–¿Y por qué la creyeron loba?

–Ocho hijas tenía el Tojo cuando su mujer, Ramona, volvió a quedarse preñada. Te voy a decir sus nombres, que no he olvidado ninguno: Rufina, Paca, Asunta, Mariana, Rosiña, Oliva, Sabela y Mariña. Todos deseaban un niño, un varón, el primero el Tojo, harto de tanta cría. Un varón que le ayudara en la herrería, que era herrero el Tojo. Y luego estaba lo de la leyenda de las meigas: si una criatura nace en Viernes Santo y luna llena y tiene ocho hermanas, todas hembras, será loba y no niña. Medio loba, al menos. Y mira, Antonia, que la gente hizo verdadero el cuento.

Baldomero calló y siguió tallando. No supo su nieta si era sonrisa o pena lo que había en sus ojos. El frotado de la navaja se unió al crepitar de la lumbre. A la lluvia que rebotaba en el bosque negro, allá afuera, donde vivía la Lupa, vieja ya y medio loba, si es que era cierto lo que contaba el abuelo.

–Cuéntame más de eso.

Baldomero cerró un instante los ojos. Carraspeó porque a veces se le iba la voz.

—Está bien, Antonia, pero has de escuchar con atención, que la mitad es real y lo otro pudiera serlo.

LA LUPA

2 *La medalla de plata*

Froitas se escurría bajo la lluvia, apretada contra los sotos y la fraga y el río, medio flotando en aquella niebla lechosa que en ocasiones cerraba el sendero y se descolgaba del bosque. A principios de octubre, Ramona, la mujer del Tojo, después de meter a la Basílica en el establo, corrió a quitarse el mandil y ponerse el abrigo negro, de paño, el que usaba en los días de fiesta, y cogió el pañuelo también negro para la lluvia, y gritó a Rufina, la mayor de sus ocho hijas:

–¡Ahora vuelvo!

Dejó atrás el alboroto del patio llovido y corrió hacia la casa de la Candelaria, la del herrero Lucio, compadre del Tojo, que bien sabía de asuntos de mujeres. Sus pasos resonaron en las sombrías calles de Froitas como un secreteo.

Candelaria, con sus muchos años, andaba fregando paños para los nietos, y su hija la menor, la que era tan delgada que parecía un suspiro, la ayudaba.

–Anda, Carmiña, frota con ánimo, que nos van a dar las uvas.

La hija, más que frotar, pensaba en Hilario, un mozo tuerto que veía pasar cada día por el camino de los Milanos, y que se detenía a mirarla a ella con el ojo bueno y que a veces la sonreía.

Ramona aporreó los cristales, colocándose el pañuelo negro sobre la cabeza para espantar la lluvia.

Carmiña le dijo a su madre:

–Ahí afuera anda la mujer del Tojo.

La Candelaria la miró con sus ojos viejos y saltones antes de abrir la ventana.

–Esa tiene algo –masculló entre dientes.

Se veía por los meneos de la Ramona y el retocarse el pañuelo de la cabeza y ese mirar entre ansioso y huido que sí, que algo tenía la mujer del Tojo.

Candelaria abrió la ventana y alzó la voz para dejarse oír entre la lluvia.

–Que te vas a coger una caladura, vete a la puerta, que te abro, Ramona.

Ramona agitó la cabeza, compungida o asustada, y con un meneo vino a decirle a la Candelaria que no, que saliese ella, que era un asunto de urgencia.

–A esta la preñó el Tojo otra vez, lo que yo te diga –le dijo la vieja a Carmiña, después de cerrar la ventana–. Anda, hija, acaba tú con esto.

Carmiña afirmó de mala gana, y en cuanto salió su madre dejó el frotar y se puso a pensar en el tuerto de los Milanos.

La Candelaria y Ramona se fueron al establo, que era donde se hablaba de los asuntos secretos.

-Y bueno -dijo Candelaria escrutándola con sus viejos ojos-. ¿Otra vez?

Ramona se echó a llorar, sacó un pañuelo de la manga y se sonó los mocos.

-Si es niña yo no la quiero, y menos el Tojo.

-¿Qué te dice él?

-Qué va a decir, si nada sabe. Pero bien sé que si es niña me muele a palos.

-Bueno.

Los ojos de Ramona estaban rojos.

-Dígame cómo hago para librarme de esto.

Se daba golpes en la barriga estrujando el pañuelo.

-Antes habrá que saber si es niña.

La Candelaria agarró de la mano a Ramona y la llevó por las calles, bajo la persistente llovizna, hasta la casa de la Xuana, que era medio curandera y comadrona y también, a decir de algunos, adivina. Tenía prados comprados con lo que le pagaban por sus servicios.

Xuana sería algo mayor que Ramona y fea como ninguna. Nunca se le había conocido mozo, pero sabía todo lo que había de hacerse con las cosas secretas de los hombres y sus resultas. Respiraba haciendo mucho ruido y se movía como si le costase una fortuna arrastrar su cuerpo carnoso y abundante.

-Que me la traigo preñada -dijo la Candelaria cuando Xuana abrió la puerta, resollando.

-Y no lo quiere -masculló la curandera, entre pregunta y respuesta, cruzando los brazos sobre el inicio

de los pechos, blancos y arrugados, movidos por aquel jadear suyo como de asmática.

–Si es niño sería bueno. Si es niña, van para nueve.

Xuana entendió y afirmó con la cabeza, santiguándose.

–Dios no lo quiera. ¡Pasad!

La Candelaria y Ramona entraron en la casa, que era oscura y penumbrosa, con un fuego vivo en el hogar, que imantó los ojos aún enrojecidos de la mujer del Tojo. Era una estancia escasa de muebles y llena de bártulos singulares e imágenes de santos colgadas en las paredes.

–Ponte aquí –le pidió la Xuana, colocándola en mitad de la sala, sobre una alfombra–. Y quítate eso.

Ramona se quitó el abrigo y lo dejó con mucho cuidado en el respaldo de una silla, plisándolo con la mano. Fue hacia la alfombra y se quedó quieta donde le decía la comadrona, con el pañuelo negro sobre los hombros que apretó a la cintura por los extremos, como queriéndose abrigar. Aún sus ojos colgaban de las ascuas y aquella incandescencia la ayudaba a no pensar en nada. Así sentía su cabeza por dentro, ardiendo. Oyó cuchichear a las mujeres y luego un trasteo, como si la Xuana estuviera rebuscando algún objeto adentro de los cajones del armario, y luego los blandos pasos de la curandera y la sombra de la Candelaria, que le decía muy quedo:

–Ahora vas a ver y pensamos qué hacemos.

Las manos gordezuelas de la Xuana levantaron sombras y por un instante taparon los reflejos rojizos

de las ascuas. Miró Ramona aquellas manos y el objeto que entre ellas traía. Era una medallita de plata, con una imagen de la virgen preñada, que pendía de sus dedos por una cadena también plateada, a tramos renegrida, y que la gruesa mujer hacía mover de un lado a otro muy cerca del vientre de Ramona.

El silencio de la casa era ancho y tirante, que ni la lluvia hacía ruido ahí fuera, ni el ascua tenía llama, y solo parecía oírse el resuello de la comadrona. La cadena de plata oscilaba muy cerca del vientre de Ramona, y la Xuana, a la misma altura, se movía en cabeceos, como entendiendo no sabía qué misterios, los ojos medio bizcos, detrás de la medalla.

–Ea –dijo al cabo–, claro como el agua.

–¿Qué es, Xuana? –preguntó impaciente la Candelaria.

–Niño.

Aquella palabra llenó de aire el pecho de Ramona, y al rato llegó la sonrisa como arrancada por ese aire donde aún vibraba la voz fatigosa de la Xuana, y, alborotada, metió las manos en los bolsillos del abrigo que colgaba de la silla y preguntó a la comadrona:

–¿Y cuánto le debo?

–Nada, mujer, nada. Cuando venga el rapaz hablamos de los haberes, y hasta entonces no digas nada de este trato.

Las dos mujeres salieron de la casa y caminaron bajo la lluvia, sin prisas. Ramona iba con la sonrisa en la boca y los pájaros del nuevo hijo en la cabeza, y todo le parecía bueno. Buena la vida, buena la llu-

via, hasta que llegaron a la esquina donde se separaban sus caminos, y le apretó la mano a la Candelaria.

–Juanciño se va a llamar –dijo–. Como su pobre hijo de usted, que en paz descanse.

–Qué buena eres, Ramona.

–No, qué buena es usted.

Ramona le dio dos besos y absorbió el olor a jabón de pobre y a guiso, ese olor un poco triste de casi todas las mujeres de Froitas, y luego la vio alejarse bajo la lluvia, encogida, que ya era vieja, pero ágil aún, medio borrada por la niebla que venía del bosque y el agua aquella que parecía suspensa en mitad de la noche.

Cuando llegó a su casa despertó al Tojo, que roncaba con la cabeza descolgada en el viejo sillón de barbero, comprado por una miseria en el mercado de Froitas, y le dijo con los ojos encendidos:

–Que viene el niño, Tojo. Que es varón.

Le tomó la mano y se la puso en su vientre.

La cara del Tojo al despertarse se deformó por la ira. Pegó a Ramona y le gritó:

–¿Cómo que estás preñada otra vez?

–Pero es varón, Tojo, que lo sé.

Y antes de recibir de nuevo, le gritó asustada, a pesar del trato de silencio que había hecho con la comadrona, que la Xuana se lo había adivinado con una virgen de plata. El Tojo, arrepentido, pidió perdón a su esposa y la besó y lloró con los labios apretados al vientre donde crecía el varón que tanto había deseado.

Pasó el otoño y el invierno, que fue de nieve, y llegó marzo con su deshielo y los aguaceros y a ratos ese sol amarillo que hacía que Froitas pareciera una aldea del paraíso y que los pájaros piasen y que allá en los montes salieran el oro de los tojos y las mimosas. También el río corría más lleno, más abundante, como la barriga de la mujer del Tojo y las esperanzas del herrero por lo que había de venir y que era, decía, su única alegría. Lucio, el marido de la Candelaria, que trabajaba con él en la fragua, se estaba haciendo viejo y el Tojo no tenía quien le ayudase con la forja.

-Cuando nazca el hijo, ya tendré hombre para llevarme al tajo -decía relumbrándole los ojos como hierros viejos-. Dieciséis manos y todas blandas para la fragua. Menos mal que viene el chico.

Y reía apoyando los dedos sucios de la herrería en el vientre abultado de Ramona, que se arqueaba como un gato, con las manos en las lumbares, y que sudaba a chorros.

-¿Y si es niña? -preguntaba Rufina, la mayor de las hijas del Tojo, que el cuidado de las hermanas la había hecho a sus trece más sensata que mujeres de treinta.

-Qué va a ser niña, ¿no ves que tu madre lo siente y que lo vio la Xuana?

Y los ojos del Tojo se encendían semejantes a las ascuas de la fragua, que se había agarrado a aquel augurio como a un clavo ardiendo. Todo el día en la forja, decía, caldeando los metales, a una temperatura de infierno, golpeando con el martinete para alimentar tantas bocas que en nada le servían. Una vida en-

tera desperdiciada en la fragua, junto al Lucio, codo con codo, con el sudor y el dolor de los bíceps y ese martilleo constante, ahora el Lucio, ahora el Tojo, ahora el Lucio, y te estás haciendo viejo, compañeiro, mientras el calor del fuego les ponía churretones en las frentes que a ratos se limpiaban con la manga. Todo el día en la fragua para tanta niña y, al fin, le llegaba el chico. Eso es lo que decía el Tojo.

–Y tú, Ramona, deja lo que estás haciendo a ver si te sale torcido el niño. ¡Rufina, atiende el fuego y a tus hermanas y no dejes que tu madre se canse! Para algo tienes que servir. Y vosotras, ayudadla también. Y no te olvides, Rufina, de bajar al establo y atender a los animales.

Nunca hasta entonces había descansado tanto Ramona, que el Tojo no le faltaba y le acariciaba el vientre y hasta tenía palabras amables para ella. Rufina, la mayor de las hermanas, atendía el cuidado de la casa y de la madre y de las hermanas, que también ayudaban en lo que podían.

–Me da miedo el parto –le dijo Ramona un día a la Candelaria, volviendo de los prados.

–Pero si ya van para nueve. Ese se te cae, te lo digo yo.

–No, que yo lo siento muy agarrado.

Y era verdad que, pasados los casi diez meses, el vientre de Ramona seguía hinchado y sus labios y los ojos como chicos, remetidos entre los párpados que parecían cáscaras de almendra. Fue en Viernes Santo, con el ayuno de carne, el cura vestido de rojo y la